

Una lata de palmitos. Sí, algo tan pequeño y sencillo como una lata de palmitos es lo que dio lugar a uno de los momentos más importantes de mi vida. Y lo recuerdo como si hubiera pasado ayer. Había recorrido cinco supermercados y un almacén en busca de mi ansiada lata, pero no había logrado dar con una sola siquiera. Y ese mercado, al que no le tenía fe, era mi última esperanza. Sé que suena trágico la andanza que estoy empezando a contar, pero en ese entonces recién abría mi restaurante especializado en pizzas y el simple hecho de saber que tenía todo tipo de ingredientes, menos palmitos, hizo que desesperara, pues siempre puede aparecer un cliente que te pida ese menú que uno, muy elegantemente, ofrece en la carta. Y así, desesperanzado, entré al súper. Miré una góndola, luego otra y nada. La nada absoluta. Pero mis ojos, atentos a ver más allá de lo que mi consciente cabeza podía en ese momento, se centraron en la figura de una anciana de baja estatura tratando de tomar el único producto de una góndola casi desierta. Mi visión se agudizó; me sentí como un águila afinando sus sentidos para ir en busca de su presa. Y como si hubiera hecho un «zoom» mi cuerpo comenzó a temblar de los nervios, pues aquel producto no era ni más ni menos que la lata de palmitos. Me acerqué tratando de contener la alegría y ansiedad. La señora, al ver que mi figura más esbelta le hizo sombra, desistió y me miró sonriente.

—Ay, gracias, caballero. Es que no llego —dijo con una enorme sonrisa en su rostro que le marcó los surcos de su piel.

Era claro: la pobre señora creía que me había acercado para ayudarla. Error. La lata iba a ser mía.

Tragué saliva y la miré. Su rostro se endureció en cuestión de segundos. Se hizo un breve silencio en el que nuestras miradas se fundieron confusas hasta que ambos supimos que la batalla había comenzado.

—Perdone, señora, pero necesito esa lata. Sepa disculpar, ¿sí? —dije lo más cortés posible.

Frunció el ceño haciendo que su rostro se viera graciosamente diabólico. Y ahí fue cuando descubrí que se trataba de una de esas señoras pertenecientes a la sociedad de las SVGS (Señoras Vacía-Góndolas de Supermercados) que suelen llevarse todos los productos, aunque luego no hagan uso de ellos. Definitivamente estaba en serios problemas. No iba a aflojar tan fácilmente, pero yo tampoco, claro. Sin embargo, mientras la señora y yo debatíamos en quien debía llevarse la bendita lata, vimos (les juro, como si hubiera sido en cámara lenta) una delgada mano pasar delante de

nuestras aguerridas miradas para tomar, delicadamente, el tan preciado premio. Ambos dejamos de discutir y seguimos a aquella que, sin tapujos ni guerra de por medio, se estaba llevando «nuestra lata».

—Perdoname, pero no te la podés llevar —le dije con un tono suave, pero que obviamente ella tomó por descortés.

—Disculpame, ¿estoy hablando con el dueño o el rey de las latas de palmito? —preguntó con el ceño fruncido.

Yo reí, pero no lo hice porque me resultara gracioso... ¡se estaba llevando mi lata!

De reojo pude ver a la señora SVGS sonreír con suficiencia. Ya no le interesaba el producto... Lo único que quería era que yo no me lo llevara.

Me fregué los ojos y luego la cara para finalmente dejar salir un último suspiro que evitó que perdiera la calma.

—Sí, muy graciosa... —dije en voz baja. Por suerte, ella no me escuchó. —Mirá, no sé cómo explicártelo porque lo mismo intenté con la señora, pero a la vista de los hechos, mucho no funcionó... —La señora hizo una mueca de disgusto. Suspiré y luego continué. —Entendeme, necesito esa lata de palmitos, y cuando digo «necesito» es de verdad.

La joven, que entonces noté preciosa aunque estuviera frunciendo el ceño, rio de forma nerviosa. Y claro, la gente empezó a amontonarse para ver el show de la lata.

—Mirá, perdóname, pero si se trata de necesitar, yo también la necesito. No es mi culpa, pero no voy a privarme de comer mi pizza de palmitos justo hoy que es viernes porque un tipo en medio del supermercado me confiese su fetiche con los palmitos. Disculpame, pero no.

¿Fetiche? ¡Genial! ¡Ahora medio supermercado creía que yo tenía un fetiche con ni más ni menos que una lata!

Y no pregunten cómo ni por qué, pero mi mente se iluminó de una forma tan extraña que ni hoy comprendo, pero sí agradezco.

Suspiré profundo, tomé su mano que abrazaba la bendita lata y me arrodillé al modo de un desquiciado príncipe. Si me iban a pensar un loco, al menos que fuera logrando mi objetivo, ¿no?

—Te juro que no soy un asesino serial, no soy un psicópata ni estoy casado. —Ella enarcó las cejas sorprendida por mi postura y mi nueva declaración. No quería reírme

de su expresión, así que acomodé mi voz y seguí: —¿Te gustaría venir hoy a la noche a mi restaurante a comer mi pizza de palmitos?

La pobre mujer miró hacia todos lados y no era para menos porque hasta las cajas del mercado habían dejado de funcionar para apreciar el show. Todos estaban callados y atentos a la espera de su respuesta. Tragó saliva y, al final, clavó sus ojos en los míos que, secretamente, le rogaron piedad. Suspiró, sonrió nerviosa y volvió a mover sus labios.

—Está bien. Sí, me gustaría —logró decir antes de que todo el supermercado aplaudiera y de que el grupo de señoras SVGS exclamaran alegremente y al unísono el típico «¡Yo sabía! ¡Yo sabía!».

Y así fue como una simple lata, una lata de palmitos, se convirtió en aquello que dio inicio a nuestra historia de amor y que hoy, por supuesto, continúa desafiando el paso del tiempo.